

LA PLAZA DE LOS SITIOS



Postal de 1908. Se pueden apreciar las torres Eiffel que rematan la Escuela y, en primer plano, las piedras con las que se levantó el monumento.

La Plaza de Los Sitios, aparte de sus monumentos y su significación, tiene historia propia, pues la próspera Zaragoza de principios del siglo XX pensó que tenía que satisfacer una deuda de honor con los héroes de los afamados Sitios de 1808 y 1809. Determinadas fuerzas vivas (especialmente la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País y el Ayuntamiento), crearon en 1902 una Junta del Primer Centenario de Los Sitios, que además de abrir una simbólica suscripción popular, consiguió -por mediación del senador Segismundo Moret- una subvención del Gobierno, de dos millones y medio de pesetas.

Con semejante impulso se fueron organizando (y llevando a cabo) una serie de iniciativas de distinta envergadura, como medallas honoríficas, placas y lápidas conmemorativas, reimpresión de publicaciones y manuscritos de y sobre Los Sitios (Diario de Casamayor, Obelisco, un Homenaje conjunto -muy original- de altos militares franceses y españoles...) Y por supuesto, congresos, ciclos de conferencias, etcétera. Ya en otro orden de cosas, la recuperación de héroes y heroínas -excepto Palafox- y su traslado a lugares más dignos, fue también un logro encomiable. En cuanto a manifestaciones ciudadanas imperecederas: el monumento del Portillo, de Benlliure y el situado en el centro de la Plaza de los Sitios, obra de Agustín Querol.

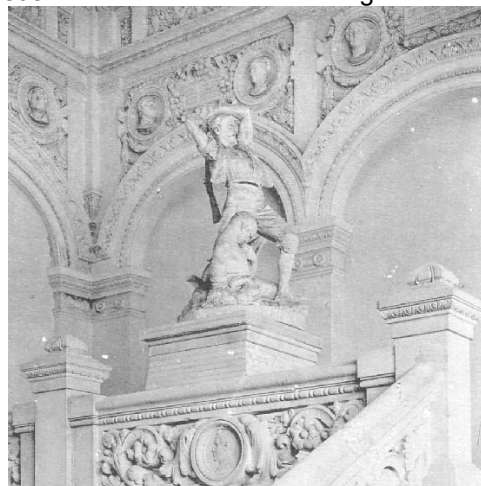
En la llamada Huerta de Santa Engracia -la plaza actual- se pensó en ubicar lo que sería el máximo exponente de la confraternización con la nación vecina, ayer enemiga pero hoy hermana: La magna Exposición Hispano-Francesa. Y así se hizo. Fue un acontecimiento extraordinario. Los propios Reyes además de asistir a su **inauguración**, la visitaron en sucesivas ocasiones. Duró de mayo a diciembre de 1908, y mereció y obtuvo formidable éxito y gran repercusión. La componían una serie de pabellones magníficos, distribuidos por la amplia Huerta de Sta. Engracia y alrededores. No existían entonces ni el Paseo de la Constitución, ni el edificio de la D.G.A., ni la Capitanía del Aire...

El destino de tales construcciones era servir de marco a las más modernas expresiones del momento en cuanto a Industria y Maquinaria, Arte, Alimentación, Economía, Agricultura... Naturalmente se montó también un Pabellón Francés. No todas las edificaciones, sin embargo, fueron construidas de un modo funcional. Hubo tres de ellas, diseñadas y llevadas a efecto con intención de que permaneciesen conformando perdurablemente la Plaza, como así ocurre:

- La actual Escuela de Artes Aplicadas (entonces mixta, *de Comercio, y de Artes y Oficios*, como se la llamó), obra de Félix Navarro. Su fachada constituye un completo Memorial de los Asedios: fechas, jefes militares, ciudadanos distinguidos, alusiones al honor y al sufrimiento, a la gratitud de la ciudad, etc.
- El llamado *Palacio de Museos* (hoy Museo de Zaragoza), obra de Magdalena y Bravo. El recordatorio de su fachada es mucho más modesto que el anterior: *Reinando Alfonso XIII / edificóse a expensas del Estado / en conmemoración de los gloriosos Asedios / de 1808 y 1809.*
- El tercer edificio permanente, discretamente retirado en la calle Moret, *La Caridad*, obra de La Figuera y Yarza.

El actual **Museo** albergó las llamadas Muestras de Arte -tanto moderno como retrospectivo- que constituían una grandiosa colección de piezas seleccionadas y agrupadas para la ocasión. Esta circunstancia es la que se agradece y recuerda en una lápida que puede verse al pie de la escalera de acceso a la actual sección de Bellas Artes.

La propia caja de la escalera mencionada (de acceso al segundo piso), constituye un bellissimo homenaje a los héroes y heroínas. En los 18 medallones en semivaciado que coronan la parte superior, encontramos los rostros y nombres de los personajes más significados. Palafox ocupa un lugar especial, presidiendo la parte alta de la balaustrada, orlado con la leyenda *Palafox, laudemus viros gloriosos: Alabemos a los hombres gloriosos.*





Varios son los cuadros relacionados con la Guerra de la Independencia que pueden admirarse en este Museo. Además de la pequeña *doncella de Zaragoza* de Wilkie (con una Agustina un tanto vaporosa) y un grabado de Gálvez y Brambilla (de la serie *Retratos*) representando también a la heroína del Portillo, encontramos tres escenas de gran tamaño y enorme fuerza:

- *La defensa del púlpito de San Agustín* de Álvarez Dumont, al pie de la mencionada escalera, que por ser tan conocido no necesita mayor comentario.
- El segundo, *Defensa de Zaragoza* (de Jiménez Nicanor), muy acertadamente envuelto en brumas de humo y pólvora, y que ilustra con gran patetismo sobre la estrecha unión de todo el pueblo en las horas difíciles.
- Sin embargo, la escena más dramática, más estremecedora -por eso la citamos en último lugar- es aquella en que se nos describe de manera escueta, pero con un realismo escalofriante, la inmediata venganza de Malasaña por su hija muerta. Es extraordinaria la credibilidad con la que el autor (de nuevo Álvarez Dumont) ha sabido plasmar el mudo estertor del coracero, en cuyo rostro se adivina la mezcla de su infinito asombro ... y su agonía. Aunque la escena no sea vivida en la calles de Zaragoza, nos hace reflexionar sobre un hecho semejante ocurrido en nuestro primer asedio, el conocido episodio de las "bravas mujeres zaragozanas", que tuvo lugar junto a la Plaza del Portillo.

El **Monumento a los Héroes de la Patria**, en el centro de la plaza, poco comentario necesita: la extraordinaria fuerza que dimana de los grupos de bronce que tan acertadamente supo combinar su autor, Agustín Querol, no precisa palabras. Especialmente magnífico es el grupo de mujeres tirando del pesado cañón, fusil al hombro, como si de avezados veteranos se tratase. Conmueve el realismo con el que los rostros expresan tan infinita fatiga, al límite mismo de las fuerzas -con qué ternura a pesar de todo lleva la madre al niño- pero sin plantearse, ni por un momento, ceder. Impresionante.

Agustina y otras gentes llanas del pueblo, orlan el pedestal, amparadas por la Virgen del Pilar, conducidas -sable en alto- por Palafox en semirrelieve. Y presidiendo tan épico homenaje, Zaragoza en lo alto (1).

Entre símbolos que hablan de heroísmo, bravura, dolor y muerte, se ha representado un hecho histórico concreto, particularmente dramático: la puerta del Convento de Santa Isabel en Altabás, en el transcurso de las acciones del 18 de febrero, preludio del derrumbamiento del Arrabal, y por tanto de la ciudad entera. Transcribimos el relato de Lejeune, testigo directo del suceso, y que resulta extraordinariamente expresivo. Lo titula: "Una sublime puerta" (2):

El cañón desquició una gran puerta cochera de este edificio, y nosotros nos disponíamos ya a entrar en él, cuando los defensores levantaron la puerta y la sostuvieron derecha a fuerza de brazos. Dos veces fue derribada y levantada de la misma manera, sin temor alguno a los gruesos proyectiles con que se la batía. Entonces nuestra artillería tuvo que cañonear las jambas del marco para derribarlas. Cuando por fin pudimos penetrar allí, vimos bajo los restos, un amontonamiento de españoles que se habían dejado matar bravamente, obstinadamente, para mantener aquella puerta cerrada.

En el grupo esculpido en piedra, el autor ha sabido captar extraordinariamente, como si de un testimonio vivo se tratase, la angustiosa desesperación con la que los brazos templados y recios, de los recios y templados aragoneses, trataban de contener la oleada de bayonetas, que acabaría pisoteando sus cadáveres tras la última carga.

Santiago Gonzalo

(1) Sobre la significación de las figuras, resulta especialmente clarificadora la referencia de BLASCO IJAZO, ampliando el comentario que el propio escultor dedicó el día de la inauguración (28-X-1908).

(2) No se trata de una transcripción exactamente literal, pues para dar mayor fuerza a la narración se han intercalado epítetos, o se han corregido significados (sin variar el sentido) basándonos en el relato que del mismo suceso hace BELMAS.

